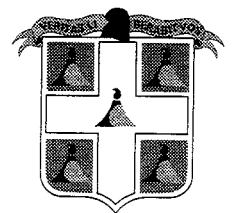




Lección Inaugural

2005



UCA
Universidad
Centroamericana



Carlos Rafael Cabarrús Pellecer, S.J.

**Director de Integración Universitaria
de la Universidad Rafael Landívar, Guatemala**

Director Fundador del Instituto Centroamericano de Espiritualidad (ICE)

Originario de Guatemala (1948), obtuvo su Licenciatura en Filosofía en el Instituto Libre de Filosofía, México. Luego cursó la Maestría en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana, México y la Maestría en Teología en la Universidad "José Simeón Cañas", de San Salvador. Es Doctorado en Antropología Social, del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México. Además posee cursos de post doctorado en Antropología social, Campion Hall en Oxford, Michelmas Term.

Fue subdirector del Instituto Histórico Centroamericano (IHCA) en Managua, Nicaragua. Dirigió la revista ENVÍO de la Universidad Centroamericana de Managua. De 1984 hasta 1992 fue Maestro de Novicios de jesuitas centroamericanos en el Noviciado San Ignacio de Loyola de Panamá, acompañándoles en sus procesos personales.

Es Director Fundador del Instituto Centroamericano de Espiritualidad (ICE), en Guatemala, centro dedicado a la formación de formadores religiosos y laicos de diferentes países de América Latina y otras partes del mundo.

Desde finales de 1997 es miembro del Consejo Directivo del Movimiento Fe y Alegría dedicado a la educación en zonas de bajos recursos. Además, es miembro del Consejo Directivo de la Universidad Rafael Landívar, Guatemala. A partir del año 2000 es miembro de la Asociación Internacional de Estudios Médicos-Psicológicos y Religiosos (AIEMPR).

Ha publicado una serie de trabajos en revistas como Diakonía y Espiritualidad y Teología Universidad Rafael Landívar, Editorial Loyola de Brasil, entre otras. Además ha participado en diversos congresos en países como México, Argentina, Brasil, Panamá, Guatemala, España, Bruselas, Estados Unidos y Holanda.

Actualmente es Director de Integración Universitaria de la Universidad Rafael Landívar; por esta razón ha dejado de ser Director del ICE, manteniendo el cargo de Subdirector.

Los retos de una universidad ignaciana: Formar en valores

Quiero agradecer a la Universidad Centroamericana de Nicaragua el honor que me otorga de dirigirme al claustro de profesores, al personal administrativo y a los alumnos y alumnas, en este día de la Lección Inaugural. He tenido la suerte de trabajar por un período corto en este seductor país, el cual, una vez que se conoce, no se olvida, sobre todo por la calidad y el calor humano de sus personas. Por eso con mucho gusto he aceptado esta honra. En esta tarde, quisiera abordar con Ustedes un tema que nos ocupa a quienes trabajamos en una institución educativa de inspiración ignaciana. Me refiero a los desafíos actuales de una universidad ignaciana: la excelencia académica unida a la formación con valores.

La Compañía de Jesús tiene una larga historia de su presencia en Nicaragua: nació a orillas del lago de Granada y crece ahora en las orillas del lago Xolotlán; siempre hemos dado a este país lo mejor que tenemos; sin embargo, todavía podemos ofrecer cosas más ricas y más hondas de nuestra herencia pedagógica y espiritual. Creo que es bueno que los jesuitas compartamos lo ignaciano, lo que somos por nuestra herencia, lo que define nuestras instituciones educativas, lo que está a disposición de quien lo desee. En esa tradición común nos podemos sentir profundamente unidos. Algo de ese tesoro quiero ahora compartir con ustedes.

Se escucha cada vez con más frecuencia, que lo esencialmente ignaciano en la vida universitaria es la excelencia académica unida a la excelencia en los valores. La palabra Universidad etimológicamente hace relación a la universalidad de los conocimientos, pero articulados e integrados. En esto se diferencia, por ejemplo de un Tecnológico. Ahora bien, podríamos preguntarnos: ¿qué es lo que tiene que estar integrado en la Universidad?. La integración tiene varios niveles, unos son de armonización de aspectos y otros de desarrollo de procesos. Pero además, en una Universidad como las nuestras, - como en esta sede que hoy me acoge -, debe promoverse, ahora más que nunca, la formación en valores. Si no formamos en los profundos valores humanos, cristianos e ignacianos, Nicaragua, Centroamérica, y el mundo corren riesgos cada vez más catastróficos.

1. *Lo crucial de la integración en la Universidad*

La integración universitaria ha de manifestarse en varias dimensiones. En primer lugar, la integración de la persona consigo misma. Cada vez más nos encontramos con personas seriamente desintegradas debido a múltiples factores. Esto significa que el primer trabajo pedagógico ha de ser la integración de la propia persona humana, para luego aprender a ser "persona en plenitud". Este reto posee un componente de crecimiento psicológico y humano que es base esencial de lo integral que se propone. Los estudios estarán mejor consolidados y de manera más armónica si la persona está bien integrada consigo misma. Todas las carreras necesitan de este componente por cuanto conllevan un dinamismo de relación más directa con las mujeres y hombres de la sociedad. Aquí radica uno de los principales énfasis de lo que quiere ser una universidad ignaciana, lo que Ignacio de Loyola nuestro fundador, llamaría ayudar a desarrollar al "sujeto".

En segundo lugar, ha de producirse una integración entre lo académico y la responsabilidad social y política. Esta ya es una exigencia intrínsecamente ignaciana. Es nuestro deber ofrecer a nuestros alumnos y alumnas una formación científica y técnica acorde con los avances actuales y adecuada a las necesidades de nuestros pueblos. Siempre se ha dicho que la excelencia académica ignaciana tiene que realizarse en el horizonte de la excelencia en el servicio. Ahora bien, lo ignaciano en una universidad es que ese servicio conlleve el interés por las personas más necesitadas, con quienes tenemos que ir realizando obras y proyectos que estructuren la historia de una manera diferente: más humana, más solidaria, que contribuya a desarrollar la mejor Nicaragua posible. Por eso, un deber de una Universidad de inspiración ignaciana es ofrecer, además de las posibilidades para alcanzar una excelencia académica, la realización de proyectos que tengan incidencia contundente en la vida nacional donde se realicen. Ustedes, con sus aportes, primero como aprendices, deben en la práctica unir estas dos dimensiones.

En tercer lugar, en nuestro proyecto, ha de darse un desarrollo que no es fácil de conseguir. Ayudar a nuestros estudiantes a salir del conjunto de la masa universitaria, - de ser alguien del montón-; para convertirse en agentes de cambio en la misma Universidad y en la sociedad. Ser, entonces, personas con liderazgo, pero con un liderazgo que conjugue una adecuada integración de su persona con un hondo deseo de servir eficazmente - a través de la ciencia, la técnica, y la investigación - a quienes viven en necesidad. Esto va configurándonos ya en personas ignacianas de "pura cepa".

En cuarto lugar, la excelencia universitaria desea alcanzar la integración entre lo puramente humano – todo lo anteriormente descrito - y lo espiritual. Aquí hay que precisar que “espiritual” significa lo que corresponde al Espíritu. Y el Espíritu es la maternidad de Dios. Espíritu que devolvió la belleza ordenada (Cosmos) al Caos primero en la creación del universo. Espíritu que se nos ha revelado en la Profecía, en la defensa de las personas débiles. Espíritu que nos enseña en la Sabiduría, a saborear lo que le gusta a Dios Padre: atención a los necesitados, a los migrantes, a los desnudos, a los enfermos (Is. 58). Espíritu, que como dice San Pablo, resucitó a Jesús que fue masacrado por pretender establecer un orden más humano y más justo. Este proceso va a implicar, muchas veces, superar falsas imágenes de Dios. La tarea “más” espiritual se convierte, por así decirlo, en ayudar a desclavar de la cruz del presente a todas las personas crucificadas por diversos flagelos. Este aspecto es esencialmente ignaciano. Es un sello específico nuestro.

En quinto lugar, la integración de la persona con el propio cuerpo. Esto puede sonar raro, pero lo que se verifica, muchas veces, es que hay un extrañamiento, una enajenación del propio cuerpo, ya sea porque no se le pone una adecuada atención o porque se le idoliza en una búsqueda desenfrenada del hedonismo, es decir, un placer que prescinde de las demás personas. A través del deporte, como también de la danza y otras actividades corporales, se puede dar una formación más integral con el propio cuerpo y con los otros “cuerpos” de nuestro entorno. Y ante todo, el cuerpo de la caravana de seres humanos con los que nos toca vivir y convivir. Hemos de tener en cuenta las necesidades del cuerpo de los demás, y sobre todo, de los que no tienen derecho ni a vivir. Pero tenemos que tener en cuenta el “cuerpo total” que es nuestra tierra tan maltratada con acciones anti-ecológicas y con unos recursos cada vez más escasos. El deporte, en este sentido es de gran ayuda. No sólo nos pone en contacto con nuestros cuerpos sino que nos comunica diversas lecciones: nos enseña a tomarlo en cuenta, a ser diestros en su manejo, a formar equipo, a aprender a lidiar con la frustración y a madurar en ese sentido, porque por principio en el juego no siempre se gana. Finalmente es fuente de identidad. El deporte de un estudiante de la UCA podría convocar a la identidad, no de un nombre, sino de todos los valores que este nombre conlleva, de esta identidad que queremos ir construyendo.

Un sexto aspecto tiene que ver con la cultura. En una universidad de raigambre ignaciana esta exigencia supone poder traspasar desde nuestra cultura "pequeña", cerrada, la capacidad del dialogo intercultural, con lo que piensan y sienten aquellos a quienes experimentamos como "distintos". Cultura no es entonces, sólo algo artístico, muchas veces independiente de la realidad cruda y dura de la humanidad. La cultura que queremos desarrollar tiene que ver con una cultura solidaria, en primer lugar, cultura en diálogo con otros puntos de vista, con otras maneras de ver la realidad; lo diferente no es algo que es rémora y que "resta" al proceso, sino fuerza que enriquece y da diversidad de miras y por tanto de soluciones. Una cultura que supere el machismo imperante y se abra al género y a la riqueza que esto entraña. Una cultura que debe ser cultura de paz, con todo lo que esto quiere significar. Una cultura que sea experta en la resolución de conflictos. Una cultura finalmente de austeridad, pues los bienes de la tierra son escasos. Cada vez el número de los que tienen más es menor y la brecha que se abre no nos permite vivir en el derroche sino en la sobriedad.

Todos estos puntos de integración necesitan de metodologías. Pero la gran metodología es "experimentar". Y esto es muy propio de San Ignacio, fundador de los jesuitas que tenemos el encargo de la universidad. Experimentar nuestra propia persona y el llamado al cambio. Experimentar el dolor de nuestros semejantes y querer realizar, entonces, algo para cambiar el rostro al mundo. Experimentar a Dios en lo íntimo de nuestros corazones, pero también retándonos en la historia real. Experimentar nuestro cuerpo. Experimentarnos como personas con diferencias (cosmovisiones, género, edad) que enriquecen y no son lastre. De ahí que un deber de la universidad es ofrecer experiencias integradoras en cada una de esas dimensiones.

Otra metodología importante es aprender a experimentar de manera virtual a través de los medios actuales de comunicación social: radio, televisión, prensa escrita, Internet. No podemos pretender cambiar nada, si no lo hacemos utilizando los medios masivos de comunicación. Hay que aprender a usar con discernimiento estos medios y a sacarles el mejor partido en nuestros procesos formativos.

Como resultado de todo este proceso tendremos una persona integrada, pero con el horizonte y la meta de llegar a ser una persona íntegra. Es decir, que esos valores que hemos ido adquiriendo en las diversas instancias, nos lleven a un comportamiento ético básico. Y esto no se aprende con clases de ética – aunque la sistematización de la experiencia sea importante –, sino a través de las vivencias internas y de inserción en el dolor de nuestra historia.

2. Lo que constituye a una persona íntegra

Lo que constituye a una persona como íntegra, son los valores. Los valores son todo aquello que percibo que me da vida y me quita muerte. Valores son todos los móviles profundos que se notan y que cuando los logramos nos realizan en lo más profundo de lo que somos. Los valores, en definitiva, nos dan la mayor felicidad y hasta nos hacen capaces de arriesgar aun la misma vida. Algo fundamental de los valores es que son hábitos que no se oscurecen sino que están siempre presentes. Los valores son algo por lo que estoy dispuesto a correr riesgos en la vida. Ahí está la máxima prueba. Estos son los que constituyen a las personas íntegras.

Estos valores esenciales, supuesta la dignidad de la persona humana, - que podría obtenerse de la experiencia de encontrar la ruta de ser persona en plenitud,- podrían reducirse a aquella famosa tríada de la Revolución Francesa: Libertad, igualdad y fraternidad. Pero, eso sí, glosada de una manera más actualizada como tolerancia, justicia y solidaridad.

Cuando hablamos de la tolerancia como valor, estamos subrayando la aceptación del otro como distinto; de lo otro, como diversidad en todos los niveles: étnico, de género, de culturas, de cosmovisiones, de religiones. Es una actitud que emana del principio ignaciano "salvar la proposición del prójimo". Cuando hablamos de tolerancia estamos contando con la limitación humana y siendo capaces, a la vez, de sobrellevarla con elegancia. Cuando hablamos de tolerancia, estamos queriendo fomentar una cultura de paz, no sólo en base a la predicación de la paz, cimentada en la igualdad, dignidad y libertad de las personas, sino en la construcción efectiva de medios para alcanzarla y de instituciones para apuntalarla, sobre todo en un Estado de Derecho. Esto implica lógicamente la capacidad para resolver conflictos en todos los niveles. Ello requiere de una pedagogía para capacitarla y de instituciones para reforzarla. Hay que aclarar que uno de los fines para los que fue fundada la Compañía de Jesús fue precisamente para la "pacificación de los desavenidos", que ahora se concretaría en formar en lo que se denomina Cultura de Paz.

Formar en la tolerancia, implica por tanto, la preparación de experiencias específicas para comprender que lo diverso es riqueza y no lastre. Nadie va a hacerse cargo de lo que es discriminación étnica o de género sólo con sus ideas, si no ha experimentado de algún modo esa descalificación social.

Cuando hablamos de justicia, siguiendo a Rawls , diríamos que es el impulso que lleva a que todos los bienes primarios sean distribuidos de un modo igual, a menos que una redistribución desigual redunde en beneficio de los desposeídos. Cuando hablamos de justicia como valor, estamos centrándonos en la igualdad de todas y todos, en todos los niveles de la vida. Tener la justicia como valor, implica también, tener los métodos y las instituciones para que esto se logre, a nivel del estado, del aparato jurídico y de la sociedad civil.

Formar en la justicia sólo se logra a través de experiencias adecuadas para poder sentir, por ejemplo, la vivencia en una situación en donde se violen los derechos y las oportunidades, para sacarle después partido y generar entonces, un cambio de mentalidad y de actitudes. O también pueden ayudar aquellas experiencias en donde, ad absurdum, se vivencien por medio de juegos, por ejemplo, el caos que se generaría si todas las personas fuesen corruptas en un evento concreto.

Cuando hablamos de solidaridad, nos referimos al hecho de ubicarnos en mayor cercanía, de manera más afectiva - para ser más efectivos - con las personas en desventaja. Cuando hablamos de solidaridad nos ubicamos desde la perspectiva de las personas más desfavorecidas teniendo siempre en cuenta su condición y denunciando la situación de asimetría estructural - a todos los niveles - que vive la mayoría de la población mundial. La solidaridad no se define tanto por la preocupación por lo universal, cuanto por su compromiso respecto a la persona "amenazada"; no se define por su imparcialidad - más típica de la justicia- sino por su parcialidad. La solidaridad supone la experiencia de encontrarse, como dice Lévinas, a la persona marginada con "esa extraña autoridad desarmada", que con todo, me despierta de mi acomodada conciencia. Esta solidaridad ha de servirse también de métodos e instituciones que la hagan viable. Con esta solidaridad se debe aprender finalmente a generar una convivencia más fraterna y ecológica. La solidaridad tiene un componente personal, social y cultural capaz de generar en su entorno una verdadera cultura de la solidaridad.

Igualmente, formar en la solidaridad no se hace sin experiencias específicas frente a las personas que están en mayor desventaja. La creatividad se pone en juego para lograr que desde mi posición acomodada me deje impactar por lo que viven los desfavorecidos o experimente en carne propia la solidaridad o la carencia de ella por parte de otras personas y lo pondere para que cambien así mis mapas conceptuales, gracias al factor de la amistad con las personas en necesidad - de cualquier tipo - que es la columna vertebral de la solidaridad.

Cabe recordar que en nuestra sociedad los valores se viven en un clima de anti-valores que tienen mucho peso. Que se sirven inmensamente de los medios de comunicación para realizar su engaño y su daño. Por eso quien es estudiante de una de nuestras Universidades ha de tener el "espíritu del salmón", que puede navegar contra corriente, buscando las aguas más limpias, el manantial. Pero lo puede hacer porque no nada solo; porque navega en caravana, en equipo. El estudiante de nuestras universidades debe tener entonces, un corazón de salmón. Quien se forma en la UCA de Managua debe saber ser compañera y compañero de camino, de aventura, de retos, una persona en verdad creativa que genere constantemente redes alternativas frente al orden imperante.

3. Los valores cristianos y los valores ignacianos

Pero además de estos valores humanos, nuestros estudiantes han de enriquecerse con la riqueza de los valores evangélicos. Lo típico de los valores cristianos radica en la solidaridad (Mt. 25, 31 ss): Dar de comer al hambriento, dar agua al sediento, visitar al desnudo, al enfermo, al encarcelado. Además está el llamado infinito a la misericordia: "Sean personas misericordiosas como mi Padre es misericordioso" (Lc, 6, 36). Tener un corazón grande para acoger, perdonar, creer en las personas más allá de las limitaciones y deficiencias de cada quien.

Pero si todos los valores necesitan de experiencias específicas tendríamos que dejar muy claro que lo ignaciano – que ya es una manera muy específica de ser cristiano - depende totalmente de experiencias también muy determinadas que se concretan en la vivencia de los Ejercicios Espirituales, y la concienzuda preparación de los mismos. A partir de ahí pueden surgir los valores ignacianos con los rasgos distintivos y propios de una espiritualidad ignaciana, de nuestra espiritualidad.

3. 1. El Magis

La esencia de los valores ignacianos estaría en una palabra de la que tal vez ya hayan oído hablar como propia de las obras de los jesuitas (parroquias, Universidades, colegios, Centros de Acción social, publicaciones), que es el magis. Magis quiere decir lo mejor, lo máximo. El talante del magis busca siempre desear hacer más por Dios y su causa. Y la causa principal de Dios es que la gente viva. El magis es el impulso a hacer lo imposible para que la humanidad viva. Pero el magis – bien entendido - no es un acto de voluntad; es tener, más bien, el deseo de que sea Dios quien nos coloque en las obras de más trascendencia, obras que hagan historia, que la estructuren y vertebran. Es entonces un regalo. Una formulación del magis, en la práctica consiste en hacer todo en la vida como si dependiera de nosotros, sabiendo que en definitiva depende de Dios.

De allí que el magis no sea tanto un superlativo sino un comparativo. Parte de mi propia experiencia y del lugar de conversión en el que me encuentro y me lanza a comparar mi estado actual con mi llamado interno más profundo de futuro; me hace ser Pigmalión de mi propio proceso. Enseguida, el magis me compara con los deseos del Dios "el siempre mayor en todo", como decía Agustín, pero especialmente, en su capacidad de hacerse el menor y de querernos a lo loco. Es difícil captar que lo máximo es poder simplemente estar con lo que es, según el mundo, menos. El magis me convida también a ser loco en la misericordia, - lo que cuesta mucho - porque lo que normalmente me brota es quizás querer que únicamente se realice la justicia humana; me convida a realizar obras incluso mayores que las que hiciera el mismo Jesús, pero por la gracia que condimenta y aprovecha el impulso humano. He aquí el fundamento profundamente evangélico del magis.

Pero aun en el nivel cristiano, también estos impulsos pueden degradarse, pueden mistificarse, pueden convertirse en una quimera. Lo sabemos por experiencia propia, y también lo entendió así muy bien Ignacio. De allí que también en el ámbito cristiano - y quizás más aquí que en ninguna otra parte - el magis, debe brotar de un discernimiento cristiano donde se confronte el impulso para verificar si éste nos conduce a la imagen del Dios de Jesús y a las obras de justicia solidaria, a la misericordia, a sentir la fuerza para resistir la contradicción e incluso la persecución que esta realización de la justicia solidaria y la misericordia provocan; y a no olvidarnos de nosotros mismos en el cuidado y nutrición que también necesitamos. Esto no puede olvidarse. Ignacio fue víctima de esos fervores que lo distraían, de esos fervores que lo quemaban en vez de encender el mundo desde ellos.

Quien vive la ignacianidad en una Universidad de inspiración ignaciana, como la nuestra, es alguien "excelente" en algún campo. No es que se quiera clasificar a la gente, pero, debe haber una excelencia en la persona - con el criterio más adecuado para cada quien -. Pero obviamente la excelencia fundamental es el excedente de humanidad: lo que supera la norma, lo que va más allá de lo lícito, lo razonable... se muestra en una actitud hacia los demás que se acerca a la incondicionalidad en la acogida.

Por esto un estudiante de nuestra Universidad ha de estar - física y/o moralmente, con algún vínculo orgánico - en una institución "de punta" que de alguna manera incida en hacer las cosas de otro modo, para servir mejor a más personas, estructuralmente. La persona ignaciana, no puede ser del común, aunque esté en el común, es decir, tiene que distinguirse porque realmente vive la búsqueda de la excelencia, del magis, de la mayor gloria de Dios, con todo lo paradójico que esto entraña.

3.2. *Ser compañero, compañera de Jesús*

El estilo y la orientación última de esta Universidad son las propias de la Compañía de Jesús. Los jesuitas hemos trabajado por mucho tiempo en esta Nicaragua y quizás no hemos dado ejemplo de todo lo que nuestro nombre significa. El nombre de Compañía tiene que ver con el hecho de compartir el mismo pan . Compañero es "quien come el pan con otro" . Por esa razón quizás, cuando Ignacio de Loyola buscaba el nombre para los incipientes jesuitas, encontró que el que mejor se adecuaba a sus deseos era el de Compañía de Jesús.

Por eso también, Ignacio, como laico aún, busca amigos y comparte con ellos el dinero y la comida, en las Universidades en que estudió, dándoles los Ejercicios y convidando a la solidaridad con los más necesitados; como dice en su Autobiografía, hacía muchas diligencias, desde el mismo comienzo, para "remediar a los pobres" (Autobiografía N°. 57). De ahí también se entiende por qué Ignacio salía siempre en busca de compañeros y compañeras con quienes pudiera compartir todas esas experiencias. En este sentido, es interesante considerar cómo la amistad – como expresión y extensión de la relación con Jesús - no llevó al laico Ignacio al trato sólo con hombres varones. Su relación con múltiples mujeres fue siempre muy manifiesta, muy rica y perdurable . La personalidad de Ignacio, su sensibilidad y capacidad para el acompañamiento espiritual, fueron influidas seguramente, por su relación amplia y cercana con las mujeres.

Para quien es un estudiante de una universidad jesuita, Jesús es central en su vida porque así lo ha experimentado en los Ejercicios. No sólo lo conoce sino que ha llegado – por gracia - a sentir su modo de actuar, ha sido llevado a encarnarse con su sensibilidad. Por esto, el centro de la vida es el Señor de quien se experimenta amigo, compañero, porque ha aprendido a hablar con el Señor: "como un amigo habla a otro amigo", como dice Ignacio. (EE. 54).

La experiencia de ser persona pecadora perdonada, le da un matiz específico a este rasgo: es alguien pecador y que sin embargo, es llamado a ser compañero, compañera... Tal vez es lo más profundo de esto, que precisamente por eso de ser persona pecadora perdonada es llamada a "compartir el pan", justamente porque primero, con su pecado, de alguna manera, traicionó. Esta es también la nueva comprensión, de lo que es ser jesuita y por extensión, de lo que es ser persona ignaciana, un estudiante de nuestra Universidad: "pecador perdonado llamado a ser compañero de Jesús" (CG XXXII, 2) .

Esta experiencia hace que quien tiene esta espiritualidad, fomente la compañía de la persona de Jesús, pero también genere compañía entre los demás. La espiritualidad laical ignaciana, la que les invitamos a vivir, posee, como algo esencial, el rasgo del compañerismo: del compartir el pan, de compartirse por los demás: de volverse nutrición para otros y otras. La persona ignaciana, de ninguna manera puede manifestar una personalidad aislada, de alguna forma tiene que tener experiencia de vida con otros por medio de las CVX (Comunidades de Vida Cristiana), los voluntariados jesuitas, las diversas formas de servicio social o algún otro tipo de pertenencia de las muchas que se viven en las universidades de la Compañía de Jesús.

3.3. El rasgo de la pasión por la misión

Quien es estudiante con el cuño ignaciano, se deja impactar por grandes retos y desafíos. Ahí las grandes hazañas propuestas por ese Compañero que es Jesús, seducen por sí mismas. Cuidar de los débiles: "encargarse de los demás, de quienes están en desventaja", encargarse de las instituciones que solucionen los problemas de las que llamamos "mayorías"; es lo que ahora significamos como pasión por el Reino. Quien vive la ignacianidad, capta el bien de las mayorías como preocupación entrañable, a pesar de tener otras inquietudes y trabajos.

La persona ignaciana se apasiona por llevar adelante el Reino y por ello, se dedica a realizar obras, no sólo porque sean buenas, sino porque tocan el corazón de la historia, haciendo allí actividades que la reestructuren y se institucionalicen porque cobran fuerza en sí mismas. Tareas y empresas, por tanto, que modifiquen el modo como está constituido el mundo, para que acaezca el Reino.

3.4. Una espiritualidad de paradojas

La persona que queremos formar en esta Universidad, tiene que aprender a convivir desde el comienzo con un conjunto de paradojas, cosas aparentemente contradictorias. Vivir la paradoja que implica siempre el seguimiento de Jesús que es hombre y Dios, al mismo tiempo. Es decir, la persona ignaciana tiene que ser capaz de ponerse desde Dios en toda su apertura infinita, con todas las preocupaciones que agobian su corazón, y por tanto de pensar en soluciones a largo plazo que implican estudio, investigación y ciencia; y de poder estar, al mismo tiempo, frente a una persona concreta con sus necesidades más específicas y particulares, viendo cómo las soluciona.

Quien va a vivir la ignacianidad, aprenderá a tener una manera de proceder muy especial, al modo divino: "no amedrentarse ante lo más grande y sin embargo encajar en lo más pequeño, eso suena a Dios". Esa es una frase que dibuja la espiritualidad que les queremos ofrecer. También aprenderá a "hacer todas las cosas como si dependiesen de nosotros sabiendo que en definitiva dependen de Dios". ¡Dos movimientos paradójicos significativos!. Uno que dispone a la aparente contradicción de no conocer límites para enfrentar lo más grande, y sin embargo poder estar apaciblemente ajustado en lo más pequeño . El otro que hace referencia a poner toda la confianza en el Señor - hasta tal punto que no haya la más mínima intimidación ante el emprendimiento de ninguna tarea - y a la vez poner todos los medios humanos para su consecución, consciente siempre de la propia limitación personal .

Esta espiritualidad de paradoja se expresará en la capacidad de poder ser contemplativos en la acción, en realizar las cosas espirituales desde la "pasiva actividad", que es vivir la tarea - en suma eficacia - pero siempre como un regalo no merecido.

Este rasgo de la espiritualidad favorecerá que la persona Ignaciana realice tareas de frontera y de riesgos extremos, abrazando por ejemplo, cosas que pueden sonar contradictorias en sí mismas: la máxima inculturación, desde la máxima fidelidad al Evangelio - como escandalosamente realizaron los primeros jesuitas misioneros en China, Japón y la India -; que sea capaz de criticar a la Iglesia cuando las cosas lo exigen y a la vez, sentirse hijo, hija amante de ella...

La paradoja, para la persona ignaciana laica, puede experimentarse de manera especial en determinados ámbitos. Por ejemplo, el del prestigio profesional y el mejoramiento económico inherente a éste junto con la necesidad de asegurarse un futuro económico; la misma búsqueda del magis que invita a querer mejorar, a buscar puntos claves de influencia. Todo esto es un movimiento ascendente. Pero al mismo tiempo, el ir siempre "hacia abajo", hacia las mayorías desposeídas, hacia el encuentro con los más pobres; que tienden a despojarnos de todo. Es también ayudar a que el pobre crea en el pobre, ¡La máxima paradoja social y política!. Otra paradoja, otra aparente contradicción, es la de la primacía del actuar, de la participación en la vida social del mundo, y a la vez, la búsqueda de espacios de silencio, desierto y oración. En otro orden de cosas, la opción de la austeridad en el modo de vida, pero no escatimando la excelencia de los medios para formarse, para así formar a otros y engendrar pensamiento. Otra gran paradoja a la que se ven enfrentados puede estar en la incomprensión afectiva de su pareja, cuando es sólo uno de ellos quien ha iniciado o vive el itinerario de la espiritualidad ignaciana, obligado a vivirlo al modo de Nicodemo, en una especie de vida oculta, con el consubstancial conflicto interior que esto conlleva; otra paradoja, la dificultad para conciliar el tiempo que exige la familia con el tiempo que exige - o se quiere dar- al trabajo en beneficio de los más necesitados.

Solamente quien ha asumido como carisma la paradoja que implica el seguimiento de Jesús, puede vivir en equilibrio y con suavidad - clave del Espíritu del Dios en Ignacio (EE 334, 3)-, las aparentes contradicciones que este itinerario conlleva.

3.5. Una espiritualidad de discernimiento

El gran descubrimiento del laico Ignacio fue que en el interior de sí mismo existían fuerzas o vectores que tiraban de su vida. Unas hacia el proyecto de Dios, otras alejándolo de él: unas veces de manera clara, otras de manera más bien oscura. Ignacio laico es el gran maestro de psicología y de espiritualidad, que se gesta en la pura y profunda observación personal tenida en momentos críticos de la vida: él estaba al borde de la muerte como consecuencia de la herida recibida por la bala de cañón. Esa crisis lo hace reaccionar de manera novedosa.

La persona ignaciana es la persona que es apasionada, como el mismo Jesús, por la voluntad de Dios. La voluntad del Padre definitivamente tiene que ver con el Reino y lo que eso realmente significa: un proyecto del Dios Padre - Madre para con la humanidad, que implica justicia, dignidad, derechos, respeto a la tierra. Pero eso conlleva un diálogo constante con Dios y con la humanidad; de ahí, la importancia también del discernimiento comunitario en la promoción del Reino.

El ignaciano, ignaciana es quien ha podido tomar en serio su vida; es quien ha podido ir nombrando los acontecimientos internos e irlos comprendiendo para no dejarse subyugar por ellos. No hay posibilidad de que surja una persona ignaciana verdadera si se desconoce en lo hondo suyo. Discernir va a ser algo connatural para quien viva la ignacianidad, pero para eso debe conocerse y aprender a manejarse en su propia humanidad.

Tenemos que comprometernos los jesuitas y toda la comunidad educativa, para poder ofrecer a nuestros estudiantes experiencias humanas y espirituales profundas de modo que puedan ir aprendiendo a manejar una especie de reglas con las que puede ir detectando en primer lugar, lo que de verdad experimentan en su interior pero sobre todo el “a dónde le llevan” esas vivencias que pueden darse tanto dentro del corazón como también en el mundo exterior, en la historia. Hay una regla básica de discernimiento que establece los rectos criterios de para distinguir lo de Dios: si algo de lo que experimentamos – dentro o fuera de nosotros mismos- nos lleva a las obras de justicia solidaria (Mt. 25, 31 ss), si nos conduce a la experiencia de un Dios pura misericordia que nos invita a ser así misericordiosos (Lc. 6, 36); si por estas dos cosas el mundo no nos comprende o nos persigue – a veces hasta el riesgo de la vida- y sentimos, sin embargo, fuerza para enfrentarlo (Mc. 8,34 y paralelos); si -finalmente- esos movimientos (internos o externos) nos convidan a cuidar de nosotros con la misma dedicación con la que atendemos a las personas necesitadas (Mt. 19, 19), estos cuatro derroteros nos están indicando claramente que este movimiento interior tiene a Dios como origen y proveniencia .

Y con esto termino. Ojalá que esta presentación suscite en quienes me escuchan la inquietud por formarse en ese tesoro del que ahora hemos tratado. Quienes formamos tenemos la obligación de ofrecerlo, de compartirlo; pero a Ustedes, aquí presentes, les toca también la tarea de exigirlo. Muchas gracias.

Carlos Rafael Cabarrús, S.J.
Managua, 17 de marzo de 2005



